

# Losantos, nada santo

PILAR RAHOLA

LA VANGUARDIA, 01.06.08

Jiménez Losantos es tan cachondo que incluso su apellido es un sarcasmo. ¿Quién, mejor que él, bendecido por el bajo palio episcopal, y protegido por Rouco Varela, representante del Dios preconciliar en la Tierra, podría llamarse Losantos? Además, su estilo radiofónico es tan beatífico y caritativo que bien merece una buena hagiografía en el santoral periodístico. En el florido pensil de mi infancia, a un niño le llamaban Gordi porque era tan delgado que siempre sufría con los pantalones. A Losantos le debe de ocurrir algo parecido: agrupa el santoral en su apellido, porque lo suyo es traer la furia de los infiernos a los micrófonos. ¿Será que es el único santo de las ondas? ¿O será que no deja santo con cabeza?

En cualquier caso, del tipo en cuestión parece que ni el apellido se salva. Ahora que anda por los juzgados, atribulado y abandonado, cual mártir en las catacumbas, explicando al mundanal ruido qué es el periodismo, es quizás el momento de hablar de ello, del periodismo global, y de su particular y deslenguada versión. ¿Hace realmente periodismo, Jiménez Losantos? Lo suyo, ¿es sólo una versión descarnada de la información? ¿O lo suyo es pura trinchera de la mala leche, la mala educación y la agresividad gratuita? Es decir, ¿estamos hablando de periodismo, cuando decimos que hablamos de Jiménez Losantos? Según su particular versión, prácticamente es el único periodista libre de la radiofonía española. Según la versión de sus damnificados, que son legión, es el único periodista que confunde el derecho a la información con el derecho al insulto. Recuerdo que cuando Carles Francino empezaba sus mañanas

en la Ser, le preguntaron si él era las antípodas de Jiménez Losantos, si habitaba en el otro extremo ideológico del periodismo.

Y Carles respondió: "Yo no estoy situado en ningún extremo. El único que hace información extrema es él". De eso se trata, de saber si el periodismo lo incluye todo, incluso construir, a través de los micrófonos, un edificio inquisitorial que lleva a la hoguera a cualquiera que no sea del agrado del inquisidor mayor. Y que alienta a las huestes a participar y disfrutar del aquelarre. A pesar de que el ínclito mártir asegura que la simbiosis entre información y opinión es la esencia del periodismo, esconde las trampas con notable habilidad. Porque lo suyo no es información y opinión. Lo suyo es la mezcla explosiva, la confusión caótica de los géneros, hasta conseguir que la diana que coloca en las cabezas de sus víctimas se transmute en noticia.

No tengo ninguna duda de que Jiménez Losantos no practica el periodismo. Practica la caza del hombre con tal saña que exhibe sus trofeos en las ondas para mayor gloria del canibalismo. Hasta ahora, su tiro a la pieza mayor había gozado del amparo legal, y, según parece, de la bendición divina. Pero como ni Dios es de fiar, y a lo mejor se ha hecho del PSOE, sus tiempos de impunidad parecen llegar a su fin. En cualquier caso, tres cosas han ocurrido que caminan en esa dirección: la pelea interna del sector episcopal, cuyo flanco menos delirante está hasta los mismísimos sagrarios del periodista, quizás preocupado por la mala imagen que ofrece; el proceso judicial, que parece augurar alguna sentencia desfavorable; y, finalmente, la deserción de sus amigos del flanco duro del PP, que han huido de su defensa, como el gato huye del agua. ¿Qué esperaba el tipo? ¿Que se colgaran con él? Pero, además, los tiempos han cambiado, y ese verbo desafortunado que alienta la pelea entre

comunidades, desprecia a las lenguas y culturas de la Península, ataca a los catalanes con la misma sutileza que tiene un puercoespín, marca la agenda del PP, hasta situarlo en el límite más extremo de la parrilla política, y hasta se permite el lujo de escoger entre buenos y malos líderes populares, ese verbo empieza a resultar una pesada carga para los propios que, hasta ahora, se habían beneficiado de él. Ni a Esperanza Aguirre, defensora de Losantos ante la monarquía, le puede interesar esa contaminante compañía en su cruzada liberal. Es lo que tiene la Inquisición. Que primero resulta útil para quemar brujas. Pero, al final, hasta las brujas se rebelan.